

MICHAEL BELL (ed.), *The Cambridge Companion to European Novelists*,
Cambridge, Cambridge University Press, 2012. 456 pp.

J. A. G. ARDILA
University of Edinburgh

La colección cantabrigense de *companions* (como en inglés se designa el género de volumen introductorio a un autor, una disciplina o un tema concreto de investigación) saca a la luz este volumen compuesto de un total de 24 capítulos, precedidos de un capítulo introductorio y coronados de otro por modo de conclusión. Los *companions* de Cambridge se han instituido en una suerte de referencia imprescindible para estudiantes e investigadores por cuando que ofrecen una perspectiva general pero muy bien informada de autores y corrientes, así literarios como históricos y filosóficos. La clave del éxito de esta colección estriba, fundamentalmente, en la amplia variedad de títulos así como en la excelencia de los trabajos que integran cada volumen. El presente *Companion to European Novelists* recoge y presenta una perspectiva amplia del desarrollo de la novela europea desde Cervan-

tes hasta Kundera a través de algunos de los novelistas más importantes y que, en uno u otro sentido, pueden servir para eslabonar una historia de la novela europea. Este volumen posee un inmenso interés por dos razones: primero, por la encomiable calidad de los capítulos y, por ende, la utilidad del mismo; segundo, por cuanto que, de uno u otro modo, proyecta una imagen del desarrollo de la novela europea que merece una honda reflexión.

El libro lo conforman capítulos sobre los siguientes novelistas: Cervantes, escrito por Edwin Williamson, Defoe por Cynthia Wall, Richardson por Thomas Keymer, Fielding por Thomas Lockwood, Rousseau por Timothy O'Hagan, Sterne por Michael Bell, Goethe por Martin Swales, Scott por Susan Manning, Stendhal por Ann Jefferson, Shelley por David Punter, Balzac por Michael Tilby, Dickens por John Bowen, Eliot por John Rignall, Flaubert por Timothy Unwin, Dostoievski por Sarah J. Young, Tolstoi por Donna Tussing Orwin, Zola por Brian Nelson, Henry James por Angus Wrenn, Proust por Marion Schmid, Mann por Ritchie Robertson, Joyce por Christopher Butler, Woolf por Laura Marcus, Beckett por Leslie Hill y Kundera por Rajendra A. Chitnis. El volumen se abre con la "Introduction: The Novel in Europe 1600-1900" y lo cierra "Conclusions: The European Novel after 1900", ambos de Michael Bell, mediante los cuales se presenta el conjunto de los capítulos como una articulación diacrónica de los hitos de la novela europea.

La introducción arranca reconociendo a Cervantes como el iniciador de la no-

vela moderna: "Cervantes, the father of the modern novel [...] laughed away the chivalric romance" (1-2), afirma Bell. El apunte posee no poca trascendencia, por cuanto que, hasta hace poco, en el mundo anglosajón se tenía el *Quijote* como una rareza a caballo entre la picaresca y la sátira manipea, en modo alguno meritoria de ser llamada novela moderna. El reconocimiento que ahora le brinda el coordinador de este volumen ejemplifica la mucha estima en que a Cervantes y el *Quijote* se tiene fuera de España. Desde nuestro Cervantes, Bell traza en línea recta el devenir del género novelesco en las tres centurias subsiguientes. Reconoce también la posición de la picaresca como subgénero matriz de las novelas de gentes como Fielding y como iniciadora de la tendencia individualista que exacerbaría Goethe en el *Werther*. La consolidación de la novela en el siglo XVIII lleva a Bell a reflexionar en torno a la catálisis de la novela histórica de la mano de Walter Scott como preludio del historicismo que predominaría a lo largo de todo el siglo XIX y culminó en el naturalismo, esencialmente el moldeado por los novelistas franceses. El capítulo de conclusiones retoma el hilo temporal y continúa por el modernismo, movimiento que reinventó el género imbuyéndolo de la perspectiva interiorizadora.

The Cambridge Companion to European Novelists interesará a estudiantes y estudiosos de cualquier filología europea por cuanto que ofrece una perspectiva amplísima de la novela, ciertamente útil para adquirir un conocimiento paneuropeo de un periodo concreto o de toda la historia

de la novela. La calidad de cada uno de los capítulos merece todo encomio. Brindan a los lectores una introducción a cada autor, donde se puntualizan los logros de estos, siempre puestos en relación con sus literaturas nacionales y en el contexto más amplio de la literatura europea. Por ejemplo, el capítulo sobre Goethe se centra en el *Werther* como iniciador del romanticismo, además de como ejemplo del contexto histórico en que se concibió. Especialmente útiles se revelan los capítulos sobre los naturalistas del siglo XIX –Balzac, Stendhal y Flaubert– toda vez que en ellos se delinear las innovaciones de forma y fondo que inmediatamente después ejercieron un profundo efecto en otros novelistas.

El capítulo sobre Cervantes, a cargo de Edwin Williamson, se titula “Miguel de Cervantes (1547-1616): *Don Quixote*: Romance and Picaresque”. Williamson reelabora aquí la tesis que presentase en su estudio *El Quijote y los libros de caballerías* (1991, traducción del original inglés publicado en 1984): que el *Quijote* es novela moderna aunque retiene algunos elementos y características de las tradiciones que trascendió. La reflexión hace muy al caso por cuanto que la novela, como género literario, se ha caracterizado de ordinario por su hibridismo y, en esto como en otras cosas, el *Quijote* se yergue como el más ilustre precedente de los novelistas que le siguieron. Williamson llama la atención sobre la importancia de la picaresca en la conformación de la novela moderna y atribuye al *Quijote* una serie de coincidencias con el género del *Lazarillo* y el *Guzmán*. Con gran meticulosidad, Williamson

explica las razones del *Quijote*, según se redactó en dos partes, contemplado en el concierto del emergente barroquismo de principios del siglo XVII. Estima Williamson que, de la idea originaria de la parodia de los libros de caballerías, Cervantes se fue percatando de las verdaderas posibilidades literarias de su texto: “Cervantes may well have started out with the purely literary aim of discrediting the *libros de caballerías*, but, by a series of logical stops arising from the interaction of master and servant, he was led to undermine the principle of hierarchy that was a cornerstone of the ideology of his day” (31).

Como volumen dedicado, en parte, a trazar una panorámica general de la novela europea, este *companion* se presta a dejarse entender como un canon del género. Dar cabida, en menos de 500 páginas, a estudios sobre los principales novelistas de nuestro continente deberá irremisiblemente de excluir algunos nombres de relevancia mayúscula. El mismo Bell es consciente de ello. Al abrir su introducción reconoce que una historia de la novela europea podría relatarse de modos muy distintos. Y el capítulo de conclusiones se cierra con el siguiente brindis: “Neither these essays, nor the whole volumen, could suggest the extraordinary wealth and variety of the form and doubtless every reader will have a charge list of scandalous exclusions. But the circle of inclusion faces onwards and the reader is invited to use these essays for useful bearings on Jane Austen, Emilia Pardo Bazán, Thomas Bernhard, Colette, Marguerite Duras, Penelope FitzGerald, Wil-

told Gombrowicz, Juan Goytisolo, Knut Hamsun, Bohumil Hrabel, Ismael Kadare, Madame Lafayette, Doris Lessing, Sandor Marai, Javier Marías, Iris Murdoch, Vladimir Nabokov, George Perec, Joseph Roth, George Sand, José Saramago, Antal Szerb, Miguel de Unamuno, Christa Wolf, Stefan Zweig..." (442-443).

En efecto, la lista de capítulos la engrosa una abrumante mayoría de novelistas británicos y franceses, con una modesta aportación de los rusos, los alemanes, amén de Kundera y nuestro Cervantes. Interesa reparar asimismo en que los capítulos se deben casi exclusivamente a filólogos angloparlantes o que ejercen en Gran Bretaña y los Estados Unidos. El resultado de todo ello es un libro que presenta la novela europea según esta se entiende en Gran Bretaña: con la controvertida preponderancia del eje anglo-francés, algunas concesiones a alemanes y rusos, la presencia de Cervantes y la total exclusión de autores italianos y escandinavos. Las palabras finales de Bell no dejan de sorprender por varias razones. Primero, es evidente que con la ausencia de Hamsun el volumen pierde muchísimo, pero resulta inexplicable que se haga un hueco a gentes como Mary Shelley y se deje fuera al genio escandinavo. No menos sorprendente parece el capítulo de Henry

James, quien en efecto residió en Europa y escribió sobre temas europeos, pero no deja de ser un norteamericano encuadrado unánimemente en la literatura norteamericana. Según ese criterio, merecería la pena haber contado aquí, por ejemplo, con Vargas Llosa. Tampoco resulta fácil adivinar los criterios seguidos para la elaboración de esa lista de notables omisiones que Bell ofrece, al menos en lo concerniente a la literatura española. Aparece Pardo Bazán, pero no Galdós y Clarín; figuran Unamuno y Goytisolo, merecidamente, pero Marías desplaza a genios superiores como Azorín, Baroja, Martín Santos o Cela. Ello pudiera explicarlo el hábil marketing de las obras de Marías en Gran Bretaña, pero revela también un tétrico problema de fondo: el inmenso desconocimiento que de la novela española se tiene en el ámbito angloparlante. En efecto, uno habrá de preguntarse qué lugar ocupa la novela española en volúmenes como este. Las concesiones hechas a Cervantes, que de rara avis ha pasado a reconocerse como padre de la novela moderna, parecen insuficientes al constatar que Galdós o Clarín apenas merecen unos tímidos comentarios como émulos de los naturalistas franceses, o que Cela, Azorín y Unamuno brillan por su ausencia.